

ma nacional; el castellano reconoce al catalán á las primeras palabras en el acento, en las expresiones, y sobre todo, en los «modismos impropios». De aquí que el extranjero que entra en España con la ilusión de hablar con elegancia la lengua castellana, puede conservar su errónea creencia no saliendo de Cataluña; pero si penetra en Castilla, y oye por vez primera aquella fogosidad en la frase, aquella profusión de refranes ó proverbios, y los innumerables modismos é idiosismos ingeniosos é intraducibles, se queda con la boca abierta, como Alfieri delante de la Monna Vocaboliera cuando le hablaba de calcetas, ¡y adió, ilusiones!

\*

La última noche fuí al Teatro del Liceo, que goza fama de ser uno de los más hermosos de Europa, y acaso el más grande. Estaban llenos de bote en bote lo mismo la platea que el gallinero, de tal modo, que no se hubieran podido acomodar un centenar más de personas. Desde mi palco, aparecían las señoras de la parte opuesta pequeñas como niñas, y entornando los ojos, no se veían más que líneas blancas, una en cada piso, trémulas y lucientes como inmensas guirnaldas de camelias impregnadas de rocío y agitadas por el céfiro. Los palcos, sumamente grandes, se hallan separados por un tabique que va de la pared al antepecho, quedando al descubierto el busto de la persona sentada en primera fila, de modo que á primera vista, parece que en el teatro no hay más que galerías, lo que le presta un aire de ligereza, muy agradable á la vista. Todo luce, todo queda al descubierto; la luz irradia por todas partes; el espectador vé á todos los demás; los corredores son espaciosos; se va, se viene libremente; se puede contemplar á una mujer de mil distintos puntos; pasar de las galerías á los palcos, de los palcos á las galerías; pasearse; formar grupos; moverse toda la noche de un lado á otro,

sin incomodar á nadie. Las demás partes del edificio son proporcionadas á la principal; corredores, escaleras, descansillos, y el vestíbulo, que es digno de un palacio. Tiene también salas de baile anchurosas y espléndidas, en las cuales, se podría levantar otro teatro. Y en este sitio, donde los buenos barceloneses, olvidando las fatigas del día, sólo deberían pensar en recrearse en la contemplación de sus hermosas y espléndidas mujeres, aun allí los buenos barceloneses compran, venden, pagan y trafican como almas condenadas. En los corredores se nota un incesante ir y venir de agentes de cambio, de bolsistas, de portadores de despachos, y un continuo vocerío de mercado. ¡Bárbaros! ¡Cuántos hermosos semblantes, cuántos preciosos ojos, cuántas espléndidas cabelleras negras en aquella muchedumbre de damas! Antiguamente, los jóvenes catalanes enamorados, para cautivar el corazón de sus bellas, se hacían inscribir en una cofradía de disciplinantes, y con unas disciplinas en la mano se colocaban bajo las ventanas de la casa donde habitaba su amada, para azotarse la carne hasta brotar la sangre, mientras ella les animaba, diciendo:—«Azota, azota; ahora te amo y soy tuya».—Cuántas veces hubiera yo exclamado aquella noche:—«¡Señores, por caridad, denme unas disciplinas!»

\*

Al día siguiente, antes de salir el sol, salí para Zaragoza; pero á decir verdad, no sin un sentimiento de tristeza, por más que había permanecido en Barcelona muy pocos días. Esta ciudad, por más que no sea, ni con mucho, «la flor de las bellas ciudades del mundo», como la llamó Cervantes, esta ciudad, repito, traficante y llena de almacenes, desdeñosa para los poetas y pintores, me gustó, y su pueblo siempre atareado, me inspiró respeto. A más de que es siempre triste salir de una ciudad, aunque extranjera, con seguridad de no volverla á ver; es como dar un

adiós para siempre á un compañero de viaje con el cual habéis pasado agradablemente veinticuatro horas; no es un amigo y con todo, creéis amarle como á tal, y le recordaréis seguramente toda la vida, con más viveza que á muchos de aquellos á quienes dais el nombre de amigos.

Volviéndome á mirarla una vez más por las ventanillas del tren, viniéronme á los labios las palabras de don Alvaro Tarfe en el «Don Quijote»: —«¡Adiós, Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, patria de los valientes, adiós!»—Y añadí con amargura: ¡He aquí desgarrada la primera página del libro de color de rosa de mi viaje! Todo pasa en el mundo... Ahora una ciudad nueva, después otra, y otra después... y más tarde el regreso, y el viaje habrá pasado como un sueño, y me parecerá que ni siquiera me he movido de casa... ¿y después?... otro viaje... y nuevas ciudades y tristes despedidas, y luego un recuerdo vago como un sueño... ¿y después? ¡Pobres de vosotros si en un viaje no abandonáis semejantes pensamientos! Contemplad el cielo y la campiña, recitad versos y fumad.

«Adiós, Barcelona, archivo de la cortesía».

## II

## ZARAGOZA

A pocas millas de Barcelona se empiezan á ver las dentelladas rocas del famoso Montserrat, extraño monte, á cuya vista infunde la sospecha de que uno se encuentra bajo el influjo de alguna ilusión óptica, pues parece mentira que la naturaleza haya tenido tan extravagante capricho.

Imaginaos una serie de pequeños triángulos que se tocan por la base, como los que dibujan los niños para representar una cordillera de montañas, ó bien una corona dentellada como la hoja de una sierra, ó varios pilones de azúcar puestos en fila, y tendréis una idea de la forma que ofrece Montserrat, visto de lejos. Es un conjunto de conos inmensos que se levantan uno al lado de otro, y éste sobre aquél, ó mejor dicho, una grandiosa montaña, formada por otras cien más pequeñas, cortada en dos de arriba abajo hasta el tercio de su altura, de modo que presenta dos grandes puntas, en torno de las cuales se agrupan otras más pequeñas. En las partes altas es árido ó inaccesible; en las bajas se halla cubierto de pinos, encinas, madroñeras y enebros. Hállase cruzado por todas partes de profundas gargantas y precipicios espantosos, y salpicado de blancas ermitas que brillan en las escarpadas pendientes. En la escotadura del monte, entre las dos cimas principales, se levanta el antiguo monasterio de Benedictinos,

CAPITULO ALFONSO